

Los mellizos

Escribe: POLICARPO VARON

*El camino de la interioridad pasa a través de la otra persona.
Me ven luego soy.*

SARTRE.

— I —

Menecmo había adquirido el hábito de caminar un rato por las calles, —después de concluir su trabajo— en las tardes, antes de regresar a su cuarto. Con las manos en los bolsillos, aspirando el humo de un cigarrillo dejaba vagar sus pies al azar. Esto le proporcionaba no pocas sorpresas, y un conocimiento de la ciudad y de sus gentes, si no envidiable, sí respetable... Al término de sus errancias acostumbraba sentarse un cuarto de hora en un bar a tomar una taza de café. Su vida —pálida, monótona— se resarcía así un poco de la esclavitud de su oficio y de la soledad de sus noches...

Algo, no obstante, había de cambiar aquella triste normalidad... Menecmo bebía una tarde su café. Observaba los bebedores que llenaban el bar. Le llamó la atención un hombre de su edad. Acariciaba un vaso de cerveza, solitario en un rincón. A primera vista no supo descifrar el motivo de aquella atracción. Observó detenidamente al desprevenido bebedor. Entonces pudo comprobar que se le parecía asombrosamente. El hombre terminó, pagó y salió. Menecmo no pudo dominar el deseo de seguirlo. Por detrás, de pie, caminando, el parecido era mayor, por lo que Menecmo empezó a sentir una vaga preocupación. Lo siguió unos quinientos metros. Tuvo que hacer algún esfuerzo para no perderlo de vista debido a la aglomeración y a que el hombre se movía rápidamente. Se demoró un instante en una bocacalle. Cuando cruzó el desconocido había desaparecido. Caminó pensativo hacia su cuarto. Esa noche, algunas dudas, algunas secretas esperanzas, le demoraron el sueño, y aceleraron el movimiento —de por sí lento— de su pensamiento. Hizo el propósito de buscar al hombre y averiguar sobre su vida...

La vida de Menecmo dio un salto. Una angustia, un deseo constante de que llegara la tarde lo ahogó al día siguiente. A la hora del almuerzo robó unos minutos y fue al café. El hombre no llegó...

Pasaron varios días antes de que Menecmo pudiera localizar al desconocido. Entonces pudo apreciar —al verlo de nuevo— lo efímero de su deseo. Sin embargo, en esta segunda ocasión tuvo más tiempo para observar más detalladamente. Descubrió la igualdad en los ojos (negros, grandes), en la frente, en la talla, en algunos gestos (especialmente de la boca), en las manos, en la cabeza. Menecmo, obviamente, estaba asombrado y el asombro aumentaba a medida que iba encontrando más partes, más gestos, más movimientos, que —pensaba Menecmo— le pertenecían... Pudo seguir de cerca al desconocido hasta una calle próxima a su casa...

Unas tardes después de las actividades descubridoras de Menecmo llegaron a una etapa de quietud. Su conocimiento de “el otro” —como había empezado a llamar al que hubiera querido denominar “doble”— era muy limitado. No pasaba de su cara, de sus manos, de lo exterior de su cuerpo, de escasos gestos, de repetidos movimientos... La dificultad de profundizar sus pesquisas trajo un nuevo motivo de preocupación a Menecmo. ¿Qué hacer?, se dijo. El tiempo corría. La ilusión se postergaba...

Ciertamente, no era mucha la capacidad imaginativa de Menecmo. Por eso la primera idea que le vino, a la tercera noche de insomnio, fue acogida y aceptada sin reparos. Decidió ir a la casa de “el otro” a vender algo. En verdad no hallaba qué elegir para vender. Por fin se decidió por su cámara fotográfica. Consiguió una elegante cartera, metió en ella la guía que le habían adjuntado al comprar la máquina, limpió el objeto cuidadosamente y se marchó...

Un ligero malestar lo acosaba en el momento de apoyar el dedo en el botón del timbre. No obstante, se decidió. Inmediatamente acudió a abrirle “el otro”. Menecmo estuvo a punto de sufrir un vértigo al tenerlo tan cerca. “El otro” lo miró de pies a cabeza, no sin cierta desconfianza, no sin cierta singularidad (posiblemente haría el mismo descubrimiento de Menecmo, quizás vería su rostro en el del hombre que estaba frente a él)...

Menecmo perdió un tiempo precioso —un momento de incertidumbre en el otro— que le hubiera permitido entrar en la casa, pero su indecisión lo echó a perder todo, pues “el otro” se recobró en un instante. Le dijo:

—¿Qué desea?

—Desearía mostrarle algunos modelos de cámaras—... dijo Menecmo y no pudo terminar porque “el otro” amenazaba con la puerta sus narices y lo despedía visiblemente disgustado ahora (era indudable que la vista de Menecmo le había ocasionado un cambio interior del que no había podido salir ileso)...

—No me interesa ningún modelo de cámara...—. Cuando Menecmo había avanzado unos cincuenta metros recordó que solo había llevado una cámara, que había mentido y que había estado a punto de meterse en un lío. Este pensamiento fue momentáneo ya que otro descubrimiento pugna-

ba por precisarse en su cerebro. La voz de "el otro" que acababa de oír por vez primera, tenía matices exactos a la suya. ¿Será posible?, pensó. ¿Será coincidencial todo esto? ¿Fallarán mis sentidos?

Regresó a su cuarto visiblemente fatigado y desilusionado. Permaneció yendo al café, mas a la primera ocasión que vio a "el otro" este lo vigilaba ya. Se había establecido una mutua observación. Simpatía de parte de Menecmo y antipatía de parte de "el otro"...

— III —

Menecmo dejó de ir al café y decidió continuar sus investigaciones oculto. Seguía a "el otro" diariamente. Detrás de una puerta, a la vuelta de una esquina, dentro de un almacén, se ocultaba para verlo pasar. Permanecía las tardes y parte de las noches en una fonda que había frente a la casa de "el otro". Por una ventana miraba. Sus ojos terminaban por agotarse. Era muy poco lo que conseguía, y aquellos fracasos aumentaban su inquietud, lo ponían de mal humor y debilitaban su cuerpo...

Por ese tiempo Menecmo tomó el hábito de mirarse detenidamente en un gran espejo recién comprado. Hacía diálogos imaginarios con su imagen reflejada, a la cual llamaba Menecmo Segundo... Su vida giraba completamente ya alrededor de Menecmo Segundo. Menecmo había perdido su aplomo y sus rasgos, gestos y manifestaciones dejaban conocer a una persona en las puertas de un trastorno mental...

— IV —

La situación de Menecmo se agravó de pronto. Sin pensarlo, sin buscarlo, sin imaginarlo, se enteró de detalles que le hicieron sentir miedo, rabia y honda preocupación, que anularon por completo la voluntad que le restaba para deshacerse de "el otro"... Supo de crímenes, de aberraciones, de provocaciones, de delitos de toda especie cometidos por "el otro"...

Fue una verdadera tortura oír la historia —oscura— de "el otro". De golpe —y su cuerpo tembló, se estremeció, parecía deshacerse en el temblor; en la garganta un nudo ahogante— tuvo este pensamiento: Soy tan malo como él... Dijo: Lo que hace es mostrarme en su cara y en todas sus acciones cómo soy yo. Su rostro es el reflejo de mi alma. Su rostro es mi rostro. Yo me reflejo en él como en un espejo... Acosado por estas reflexiones que oscilaban entre la aceptación absoluta y el rechazo rotundo, estuvo a punto de perder la razón. Dejó de comer, de dormir, y caminaba por las calles sin destino fijo. Se hizo obsesión el deseo de perseguir y vigilar a "el otro"...

— V —

Un día, Menecmo —en la cima de su desorganización interior— decidió: Lo mataré. Preparó todo lo necesario, buscó razones que justificaran la muerte de "el otro", y se aseguró de que aun el más insignificante detalle estuviera sirviendo a su intención...

Llegó el día escogido y Menecmo no tuvo fuerzas. Permaneció en su cuarto esperando la hora señalada. Aquella llegó y él no se movió. Con la cabeza entre las manos lloró y se tiró los cabellos como un niño al que se le ha escondido un juguete o negado algo...

A consecuencia de su fracaso Menecmo pensó que ahora la única solución era el suicidio. Pensó y repensó. Averiguó sobre todas las formas de suicidio conocidas... Así —sin pensarlo, mientras le preocupaban los preparativos de su suicidio— se fue olvidando de “el otro”. Se reprochó este olvido cuando se dio cuenta de él. Estaba decidido. Lo haría. Quizás más tarde se arrepintiera...

Compró una cápsula que produjera envenenamiento instantáneo y la llevó a su cuarto. Alistó un vaso de agua. Por última vez se miró en el espejo. Le gritó a su imagen:

—Te odio Menecmo Segundo. ¡Te odio!

Luego se dispuso a tomar la cápsula frente al espejo. Volvió a gritar:

—Te mataré, Menecmo Segundo—, dio un puntapié al espejo. La luna se regó en pedazos por el suelo. El marco quedó vacío. Antes de introducir la cápsula en la boca escribió en una hoja con letra de imprenta:

Quiero que tiren mi cadáver en la puerta de “el otro Menecmo”, calle de “Los Virreyes”, N^o 74...

Tragó la cápsula. Unió los labios —la cápsula todavía intacta sobre la lengua pugnaba por salir— un escalofrío recorrió su cuerpo. Huyó aterrado. Escupió la cápsula que se estrelló contra la pared. Como atacado de un extraño mal, se arrojó al suelo llorando. Reptando recorrió el cuarto, gimiendo y dejando un camino de saliva y lágrimas...